
presentación:

en el cristal de la lengua

“Yo juego con el cristal de la lengua –decía Lacan- para refractar con el signifiante lo que divide al sujeto.”¹ La refracción es ese fenómeno que consiste en el cambio de dirección de una onda cuando pasa de un medio a otro. Jugar con el cristal de la lengua permitiría entonces cambiar de dirección. Pero, ¿de qué cambio se trataría y en relación a qué? Podemos, desde ya, ubicar al menos dos campos: con relación a la lingüística, operando una ruptura con la biunivocidad de la relación significado/significante²; con relación al sujeto, al hacer jugar que, en lo que se dice, suele haber más u otra cosa que lo que se cree estar diciendo.

El análisis es, fundamentalmente, una práctica de lenguaje. Y el lenguaje ocupa para los seres parlantes un lugar de relieve, seguramente ni más ni menos porque se trata de aquello que nos pone a existir. Freud advirtió tempranamente –ya en *La interpretación de los sueños* o *El chiste y su relación con el inconsciente*- que no hay otra forma de aprehensión del inconsciente (esa nominación freudiana que el Lacan de los 70 cuestionará) que no sea por el lenguaje; y, dando un paso más, afirmó que se jugaba allí la subjetividad.

Hoy, una vez más, la lengua plantea interrogantes y problemáticas al psicoanálisis. Desde las cuestiones de la traducción, concretamente ¿cómo hacer pasar de una lengua a otra los giros idiomáticos, las ocurrencias, los chistes, los sueños, que fueron producidos en una lengua determinada? ¿Se pierde algo por el camino? ¿Traducir será efectivamente “traicionar” o aun “decir casi lo mismo”?³

Hay asimismo un interrogante que se plantea desde el corazón mismo de la experiencia analítica, vale decir, desde cada análisis:

1. Jacques Lacan, “Radiofonía” en *Psicoanálisis, Radiofonía & Televisión*, Anagrama, Madrid, 1980, p. 45.

2. A propósito de este punto, cf. artículo de Ana María Fernández en este mismo número.

3. Según la expresión acuñada por Umberto Eco.



¿qué relación hay entre el decir que parlotea sin rumbo establecido, la lengua de los sueños, los síntomas, el balbuceante decir de un sufrimiento y los desciframientos y teorizaciones de los analistas que se esfuerzan por transmitir algo de su experiencia? Hacer pasar a otros algo de lo que allí ocurrió siempre es un relato, es decir, un ejercicio de pasaje de lenguas. Transmitir algo será un modo de que aquella experiencia no quede constreñida a los dos que participaron de ella. Jacques Lacan afirmaba que la única posibilidad para que tal cosa no aconteciera era la existencia de la lengua común.

Y ahí nos encontramos de lleno con otro problema, dado que la singularidad de un hablante está tomada en los entramados de la lengua común y de las prácticas discursivas de su tiempo y lugar. Tampoco el psicoanálisis queda por fuera de las prácticas que se producen en la época y las geografías que le toca vivir. Los discursos se validan en un cuerpo social que los acoge o los rechaza en consonancia o en contrapunto con los discursos hegemónicos y en las posibles resistencias a los mismos. La lengua es entonces singular y también social ya que se construye y modifica en el cambiante hacer parlante de sujetos inmersos en una cultura en movimiento.

Los trabajos que aparecen en este número de *ñácate*⁴ fueron presentados en la jornada *En el cristal de la lengua*, organizada por la *école lacanienne de psychanalyse*, en el mes de noviembre de 2010 y dan cuenta de los diversos caminos por donde se pueden abordar las problemáticas que hoy se nos plantean.

José Assandri parte de la imagen “cristal de la lengua” para abrir un cuestionamiento a las traducciones de términos que vertidos al español presentan una serie de dificultades y poner de relieve la posición del traductor, lo que lo conduce a indagar en tres figuras de la impostura y a postular la necesidad de considerar más de una lengua en el psicoanálisis.

El sueño ocupa para Freud un lugar paradigmático. Ese es el punto de partida de Raquel Capurro quien indaga en el problema de la traductibilidad del sueño, tanto en lo que refiere al pasaje de lenguas como a la propia metodología de la interpretación. El análisis de los sueños es postulado en términos de pasajes, lo que lleva a la autora a interrogarse si se trata de un lenguaje universal del sueño o de lengua del soñante asociando a partir de esa alteridad que le habla.

4. Con las excepciones de *El signo. Un solo acontecimiento. La transferencia, una loca pasión.*

Sandra Filippini parte de la etimología de la palabra *estilo* para analizar las relaciones éticas al lenguaje por las que transitó Freud y más adelante Lacan, este último, en dos momentos de su recorrido: cuando dictaba el seminario sobre la *Ética* y trece años después en sus charlas en Saint Anne. Revelará así las tensiones entre la particularidad del método psicoanalítico y la enseñanza del psicoanálisis.

En la Alemania nazi se prohibió no sólo la práctica del psicoanálisis sino también la circulación de los términos forjados por Freud –quedará para siempre como un mojón la quema de libros de mayo de 1933–, lo que acarreó importantes consecuencias para el psicoanálisis. Al mismo tiempo –y en forma estrictamente clandestina– el filólogo Victor Klemperer produjo un finísimo análisis de las operaciones que sobre el lenguaje efectuaba la propaganda nazi. Estos dos puntos son los que aborda Gustavo Castellano en *Tiempo de cristalizado*.

La lectura de Gilles Deleuze es el eje con que Mauro Marchese se adentra en un texto de Herman Melville donde lo que se destaca es la particular experiencia del lenguaje constreñido a una fórmula absolutamente infranqueable, *I would prefer not to* y los efectos que ello tiene en el entorno de quien la formula, en el propio Bartleby –de él se trata– así como una posible función del escrito y el escritor.

Un recorrido histórico por la Montevideo de los tiempos de La Guerra Grande es el pie para que Carlos Etchegoyhen abra un camino posible para leer el monolingüismo de Isidore Duccase, Conde de Lautréamont.

“¡Thalatta! ¡Thalatta! Helenizar la lengua” de Gonzalo Percovich parte de la introducción de la lengua helénica en el *Ulises* de Joyce, para luego seguirle la pista a la lectura que hace Lacan de ese paso joyciano. Esa helenización permite abrir una lectura del síntoma dejando en suspenso la perspectiva médica, librando la lengua a la sonoridad, al sentido como producto del acontecimiento, en una perspectiva en la que la lógica estoica y los desarrollos de Deleuze ocupan un lugar clave.

El uso de drogas produce por un lado efectos corporales pero también efectos de sentido a partir de la nominación de esos estados. Marcelo Real nos plantea un posible método de análisis del (sin)sentido de las expresiones de los consumidores de drogas.



Ana Fernández, trabajando sobre documentación que se ha puesto a nuestro alcance en los últimos años, afirma que la obra de Saussure es un palimpsesto, lo que pone en cuestión algunos supuestos hasta ahora sostenidos. Si el signo es esencialmente equívoco, cabe preguntarse nuevamente y bajo otro sesgo, qué le aporta al psicoanálisis la lingüística.

En *Fronteras*, Eliane Hareau –catedrática de Traductología de la UDELAR-, en una zona de cruce con el psicoanálisis y más concretamente apoyándose en las teorizaciones de Jacques Lacan, interroga la visión tradicional de la traducción en la que el texto fuente tenía un significado estable fijo. Seguirá los pasos del desplazamiento del significado al significante y los avatares del traductor que, en tanto sujeto, está sometido a pasiones y atravesado por el deseo.

En la sección *Lo que se lee* presentamos dos escritos de María Teresa Arcos, uno de ellos a propósito de *La transferencia, una loca pasión*, donde varios autores parten de la lectura del seminario de Lacan de los años sesenta para enfocar desde distintos ángulos esa piedra angular del psicoanálisis. El otro libro abordado por Arcos es el removedor poemario de Eduardo Curbelo, titulado *La rosa del manicomio: como ella misma lo remarca, es un acontecimiento de escritura que tuvo lugar también en un espacio de difícil acceso: el cuarto de guardia de un hospital psiquiátrico*.

Por estos caminos se decide a transitar este cuarto número de *ñácate* –que no por azar luce el número 3 en su tapa-, anhelando una vez más que estos escritos y estas lecturas que hoy damos al espacio público sean el pie para otras lecturas, para intercambios productivos, nuevas fronteras, necesarios debates.